como este pan
estaba esparcido
por las colinas, y
después de recogido
se ha transformado
en una sola cosa
así
se reúna
tu iglesia
en tu reino
porque
tuya es
la gloria
y el poder,
por jesucristo
en los siglos

Fuera de la Iglesia no

No tenemos tiempo para pensar. No queremos pensar. No conviene pensar.

Si se piensa se corre el riesgo de ver que el Omnipotente no puede hacerse oír bien sin nosotros. La Palabra necesita de las palabras.

Si hoy podemos hablar de «falta de vocaciones» ¿no se deberá a que los cristianos hemos tenido miedo a pensar?

Louis Evely siempre obliga a pensar.

Fuera de la Iglesia no hay salvación. La primera vez que oye estas palabras un hombre de corazón experimenta algo más que una sorpresa o una desazón, sufre.

¿Es posible que exista un particularismo en la salvación? ¿Será acaso un privilegio el amor de Dios? ¿Cómo es posible que haya personas que se alegren de ser salvadas ellas solas? ¿Se condenará toda esa inmensa mayoría de hombres que, visiblemente, no pertenecen a la Iglesia?

Evidentemente que no. Es un verdadero escándalo que algunos católicos mal instruidos duden de ello y deformen de ese modo el pensamiento de la Iglesia. Dios quiere salvar a todos los hombres. Para eso ofrece su gracia a todos y a cada uno. Y utiliza la Iglesia como medio de salvación, y no como medio para prescindir de unos cuantos.

La Iglesia es católica. Esto quiere decir no solamente que la Iglesia está abierta para todos, sino también que está al servicio de todos. Ella reza todos los días "pro totius mundi salute": por la salvación del mundo entero. Ella se niega a ser solamente la Iglesia de los bautizados. Es la Iglesia de toda la humanidad y salva a todos aquellos que no la conocen, pero que no la rechazarían si la conociesen de verdad.

Porque, gracias a Dios, hay innumerables hombres que están adheridos invisiblemente a esta Iglesia visible. Todos los hombres que no han oído predicar el evangelio, o todos aquellos, todavía mucho más numerosos, que lo han oído predicar demasiado mal, que residen en Kamtchatka o que trabajan en medio de una gran ciudad descristianizada, en ciertos momentos de su vida, en el secreto de su corazón, deciden a favor o en contra de su propia conciencia. Si ellos hacen lo que creen que deben hacer, automáticamente quedan justificados, reciben la gracia y son incorporados a Cristo.

Sin saberlo, sin pretenderlo, sin preocuparse lo más mínimo de recibir el bautismo, incluso horrorizándose quizás del pensamiento de bautizarse, reciben la gracia y el efecto del bautismo, se convierten en miembros de Cristo y, por consiguiente, invisible pero realmente, en miembros de su cuerpo que es la Iglesia.

El día en que ese hombre se convierta, esto es, reconozca en la Iglesia aquella voluntad de Dios que andaba buscando y respetando en su conciencia, no tendrá que renunciar a nada de lo que le había conducido hasta allí, no hará más que seguir siendo fiel a sí mismo.

La Iglesia para nosotros, los cristianos, es Cristo extendido y comunicado. Es la encarnación permanente de Dios salvador. Por tanto, no debería chocarnos ni mucho menos aquella frase: *Fuera de la Iglesia no hay salvación*, como tampoco nos parece extraña aquella afirmación de Cristo: *Nadie viene al Padre sino por mí.*

hay salvación

L. Evely

Los que se escandalizan cuando oyen a la Iglesia reivindicar los derechos que Cristo le ha dado, se escandalizarían igualmente al oír al hijo del carpintero de Nazaret decir que él era la verdadera viña y que, fuera de él, nadie podía conseguir ningún fruto. Es precisamente por su fidelidad a Cristo por lo que la Iglesia repite de sí misma lo que Cristo decía de sí, porque cree con toda su alma que su única razón de ser es continuar a Cristo. Fue Cristo el que dijo: *Si alguno no escucha a la Iglesia, sea para ti lo mismo que un pagano o un publicano.*

Pero Cristo salva a millares de hombres que no lo han conocido, que no confiesan su nombre, pero que se portan con el más pequeño de entre los suyos como si lo hubiesen reconocido en él. Cristo juzga a cada uno según su corazón y su conciencia, y no según su pertenencia oficial a una fe. La Iglesia hace lo mismo: considera que le pertenecen también a ella, con mayor seguridad que sus miembros aparentes, todos aquellos que en el secreto de sus corazones se abren a la voluntad de Dios.

●

La Iglesia es el sacramento por excelencia. Pero Dios no ha vinculado su gracia exclusivamente a sus sacramentos. Todos ellos pueden ser suplidos para aquellos que no los pueden recibir.

El bautismo de agua puede suplirse por el bautismo de sangre o el bautismo de deseo.

La comunión espiritual puede remplazar a la comunión real.

El acto de contrición perfecta restituye el estado de gracia, lo mismo que la confesión.

En ciertas circunstancias es posible casarse válidamente sin la presencia del sacerdote.

●

De esta manera, la pertenencia a la Iglesia puede resultar de un deseo, que no se ha expresado en un rito. Más todavía; ese deseo puede ser solamente implícito. De igual modo que se adhieren a Cristo todos los que desean obedecer a Dios, que es Cristo, también se adhieren a la Iglesia todos cuantos quieren obedecer a su propia conciencia. Ningún hombre de buena fe está excluido de la Iglesia ni de la salvación. La luz ilumina a todo hombre que viene a este mundo, y para permanecer en las tinieblas es menester haber pecado voluntariamente contra la luz.

Somos nosotros
los que nos condenaremos
si los paganos fallan,
porque no habremos cumplido
con nuestra obligación

Pero Cristo pide que todos esos miembros invisibles de la Iglesia entren en la casa del Padre, coman el pan de los hijos y se conviertan en miembros visibles de su cuerpo. Cristo, que ha venido a unir a los hijos de Dios que andaban dispersos, Cristo, que desea que no haya más que un solo rebaño y un solo pastor, es el que nos ha hecho responsables a nosotros de ese gran reagrupamiento de sus ovejas. Nosotros, los cristianos, somos frente a los demás, como los hijos mayores frente a los más pequeños, que gozan de todos sus privilegios en lugar de procurar repartirlos entre todos. Somos como los pueblos ricos que niegan su ayuda a los países subdesarrollados. ¡Y cuántos pueblos hay subdesarrollados desde el punto de vista religioso! ¡Cuántos pueblos que no han conocido a la Iglesia, o, peor, que la han conocido sin reconocerla, porque nosotros la hemos deformado, ligándola a formas políticas y sociales contingentes, y a veces positivamente injustas, mientras ellos la rechazaban en nombre de su conciencia, su rectitud y su sentido de la justicia y de la verdad! Por nuestras faltas, mantenemos invisible a los ojos de una gran multitud, a una Iglesia que Cristo quería tan bella y tan unida que, al verla, todos supieran que el Padre era quien le había enviado a este mundo.

¡Fuera de la Iglesia no hay salvación! ¿Y dentro? Cuanto más hemos recibido tanta más obligación tenemos de dar. Este adagio que, a primera vista parece asegurarnos en nuestros privilegios, nos debe inquietar al tomar conciencia de nuestras responsabilidades. No podemos evangelizar a los paganos para que se salven más fácilmente. Ser cristiano aumenta el riesgo y la responsabilidad, ya que cada uno será juzgado según los dones recibidos. El cristianismo es, ante todo, un medio de amar a Dios y no una dispensa de esfuerzo, o un seguro de salvación.

No es que los paganos se vayan a condenar si fallamos nosotros. Dios les salvará si poseen buena voluntad. Pero somos nosotros los que nos condenaremos si ellos fallan, porque no habremos cumplido con nuestra obligación.

Él era la Luz, pero las tinieblas no la recibieron. Porque se hicieron resistentes, dice el Señor. Porque estaban satisfechas de sí mismas. Porque no eran lo suficientemente puras.

Así dice Dios: No es que sea mala la oscuridad. Pues he aquí que las estrellas se ven sólo de noche. Verás la Estrella si haces en ti oscuridad. Verás la Estrella si apagas las luces que te tienen encandilado en tu farsa como al actor las candilejas.

Si es limpia tu oscuridad, y aceptas tu noche humildemente, mi Luz brillará en tu corazón.

Si me esperas a ciegas, con los ojos abiertos al misterio, te deslumbrará mi llamarada.

Y se dirá: un hombre que estaba en tinieblas, vio una gran Luz.

Portada: Didajé - *Fuera de la Iglesia...:* en «La Iglesia y los sacramentos», Ed. Sígueme. Salamanca

BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS
VOCACIONES SACERDOTALES

Junio 1966 - Núm. 191

SEMINARIO CONCILIAR - DIPUTACIÓN, 231
BARCELONA - 7

ALTÉS, S. L. - DEP. LEGAL: B. 3023 - 1958